

Quédate, hermanita

*Dies Irae*

Los labios de nuestra madre intuían el desenlace hace demasiado tiempo; acaso lo sospechaban desde hace años o décadas, incluso desde antes de que la tierra donde nacimos me desconociera. Nuestra madre, hermana, te hablo de la mujer que se desgarró las piernas y el alma para traernos al mundo. Recuerdo que ni siquiera estrujó una lágrima durante mi despedida; pero sus ojos brillaban como heridas de vidrio pulido. Sí, esa vez le chispeaban las ascuas tristes de la madrugada anterior en la mirada y mostraba dos ojeras como hibiscos negros. Y su pelo entrecano atado en una trenza se movía, se remecía como un ramillete de trigo gris o como el plumaje de una lechuza moribunda. Las venas hinchadas de su nariz también sugerían que había estado llorando, desaguándose el pecho, exprimiéndose ese famélico costillar de golondrina enquistada a la tierra. Sólo Dios sabe cuánto lloró en la largura de la noche, sola, encogida, repasando oraciones en su lecho de viuda y susurrando plegarias de campesina pobre. Tan sólo Dios sabe cómo se aferraron sus dedos torcidos al rosario de madera; cómo sus santitos de yeso la miraron con la sorda compasión de las piedras.

Yo supongo que en algún momento nuestra vieja cerró sus ojos molidos y le dio por conversar con la luna. Y supongo que la fría jeta lunar le anticipó algo con su lengua de estaño. Sí, hermanita, nuestra madre vio la llama de los cirios encendidos y después observó la estatuilla de la virgen. Y la madre de Cristo (erguida sobre ese cajón de tomates que hacía de velador) no supo esconder una lágrima de brea, un dolor negro y hondo que

venía aleteando desde el futuro remoto. Entonces la mamá arañó una visión borrosa del porvenir y una borrasca le erizó el mar castaño de sus ojos. Pero ahora sé que su boca había adivinado todo esto. Esos labios de belleza encallecida y pedregosa, esas dos flores de cardo humano que se hincharon con advertencias y temores que pensó decirme y jamás dijo. Nunca encontró el modo de vocearme la profecía y sus augurios de clavos oxidados.

La culpa no era de su boca, sino de las quebradas y los páramos que le hicieron dos labios como gajos secos. Flores ásperas de piedra rosada. Frutos amordazados con bozales de aire. Lajas de carne en vez de labios, sobre todo cuando había que hablar claro y alzar la voz. Había sido educada para el silencio y la resignación, y las palabras que quería decirme tenían el cuero correoso. No eran simples silbidos y gritos para guiar a sus cabras y chivos. Y a mis dieciocho años, además, era difícil que yo siguiera comportándome como un cordero obediente. Nuestra madre no iba a domar mi juventud con silbos ni gestos ni la ayuda de un fiel perro pulgoso. Y entonces, durante toda la extensión de mi adiós, la vieja se quedó mirándome desde el alero de la casa, seria, sentada en la silla de mimbre, con su cara de india opalina y una zanja de silencio oscuro en medio de su boca de cabrera.

¿Y qué podías hacer tú, hermanita? Nada, yo creo que nada. Tú te quedaste como la figura de un retablo. Tú permaneciste a espaldas de nuestra madre, sumergida en una mudez de bordes azules, tan precozmente espigada y acariciándole los hombros con tus manos de niña. Me alargaste una mueca tan distinta; unos ojos negros lacados con sueños y premoniciones luminosas. Yo las miré a ambas desde el viejo portón y toqué la madera carcomida de la verja. Miré el buzón que yo mismo había pintado con sangre de maqui a mis ocho años. Divisé, a treinta metros, nuestra casa de adobe resquebrajado a los pies de la cordillera nevada. La casa era como un huérfano en las pezuñas de Los Andes. Una casa bajo un cielo frío y como de aluminio que velaba la presencia del sol. Y ahí sí que

vi como nunca la soledad montañesa, el infinito hocico de la intemperie donde habíamos florecido. Las miré otra vez de lejos: tú sonriendo en el último barranco de la infancia y ella galvanizada en su humilde trono de paja trenzada. Fue el instante irreversible en que me despedí con la mano y empecé a caminar los cinco kilómetros que nos separaban del pueblo más próximo.

Debían ser cerca de las seis de la mañana. Los arbustos y las ramas de los árboles tamizaban los cantos de los pájaros ocultos; los gallos histéricos izaban sus gárgaras de saludo al alba. Yo apenas los escuchaba. La algazara del campo me sonaba ajena, como si la oyera desde el fondo del mar. Yo iba con la mente entumecida, sin sentir los guijarros bajo mis suelas y ese polvo harinoso que flanqueaba la vía de ripio. Caminaba ensimismado y dándole cuerda al dínamo de la imaginación. Iba ebrio de presagios. Iba salivando fantasías televisivas. Ya me veía en la capital, en la enorme capital con sus jaguares humanos y sus edificios y sus amazonas de concreto. Allí desfilaban mis sueños de muchacho campesino. Allí, sí, justo allí: en el corazón de un monstruo de diez millones de cabezas.

¿Pero qué puedo decirte ahora, hermanita? ¿Podría depositar cada excusa, cada falsedad, cada mentira como un zorzalito muerto entre tus manos ingenuas? Ahora que mis dientes se carieron de tantas violencias; ahora que mi lengua está contaminada de desperdicios y mis tímpanos se desmemoraron de la lengua de los pájaros. Sé que estás triste, hermanita. No sabes cuánto me gustaría sacarte esas legañas sombrías y alegrarte tocando una ranchera con la guitarra negra del abuelo. Cuánto daría por no haberme fugado jamás de nuestra hijuela y de las cabras y de esa antigua casa de adobe que había resistido a dos siglos de pobreza y a media docena de terremotos. No hablo por hablar. No lo digo olvidándome de los deslomes, los rigores y las penurias de ganarse la vida entre cabras y cerros. Digo todo esto porque es cierto, hermanita. Y lo digo porque es

tarde y tengo que comentártelo a ti con el jirón de voz que me queda, con este harapo de aire.

Te lo comento porque nuestra madre no se irá a ninguna parte; sólo a ti puede entrarte la tentación de rehuir del olor a meado de los chivos. A ti nomás puede surgirte la urgencia de maldecir tus días y escapar de la pobreza tranquila de la casa. Las ganas de ceder ante un espejismo y destruir la paciencia, esa viejísima paciencia, esa paz necesaria para repechar acantilados y saludar a cada cactus de San Pedro. Te entiendo, hermanita, créeme que te entiendo: yo también quería dejar de contarle secretos a los perros. Yo también añoraba dejar de hablar con las nubes que bajan a besar el pecho arisco de las montañas. Deseaba ver el resplandor de las ciudades con mis propios ojos. También yo quería perderme entre aluviones de gente. Eso, hermanita, es lo que piensas ahora mismo, debajo del sauce torcido que estira sus lágrimas verdes hasta el canal.

No te culpo. A los quince años uno sueña. Uno se pasa los días buscando pepitas de oro en la paja. Uno se la pasa contando estrellas en los charcos. Pues a esa edad, ¿quién no guarda potros alados dentro del pecho? O pájaros, hermana, aguiluchos que quieren rajar del nido y treparse en la cresta del viento. Cóndores que se remontan en el horizonte celeste de una promesa vacía. Mariposas, hermanita. Mariposas de cera que se elevan hasta derretir sus alas y destruirse contra la dureza de la realidad. Y esas mariposas son los sueños que ahora masticas. No todos tus sueños, hermanita, pero la mayoría.

Abre el alma más que los oídos. Haz el esfuerzo de oír a esa pelusa de voz con que intento torcer un hilo de viento. No gires la cabeza hacia la corteza del sauce. No hundas la mirada en el agua barrosa del canal y escúchame: yo tuve tu edad y me extravié. Yo tuve unos ojos que se parecían demasiado a los tuyos y a los ojos del padre que apenas conociste y que también cayó fulminado en un sembrado de trampas. Yo también juré que la única solución era desertar del campo y tirarme en picada a los brazos de la ciudad.

Arrojarme a esa capital como si fuera un bazar a cielo abierto; como si fuera un infinito escaparate donde los deseos nos esperan prefabricados y en cajitas y ordenados por precio y tamaño. Sueños pagaderos al contado o en módicas cuotas. Pero no, hermana, así no giran los engranajes del gran mundo. Porque no conseguí trabajo durante los primeros cuatro meses. Y cuando encontré uno, mi suerte duró nueve meses hasta que llegó un aviso de reducción de personal y una baraja de despidos.

Pensé en volver tantas veces y siempre me arrepentí porque veía mi regreso como una derrota. Y al tiempo, cuando conseguí un trabajo estable, me azoté la cabeza contra otra empalizada: mi sueldo apenas me alcanzaba para sobrevivir en un cuartucho del extrarradio. Jamás quise compartirles mis desdichas. Yo quería que estuviesen tranquilas. Nunca fui supervisor de una gran fábrica, ni jefe de turno, ni vendedor estrella de automóviles. La plata que les mandaba era plata, sí, pero era dinero pringado y sucio y tal vez monitoreado por algunos agentes encubiertos de la policía. Por eso no les envié mucho durante los últimos dos años; por eso dejé de ir a verlas y de llamarlas. No era avaricia, ni olvido ni ingratitud, hermanita, sino algo muy distinto: yo quería mantenerlas puras. Deseaba mantenerlas intactas a los pies de las montañas. No quería emporcarlas a ustedes y mancharlas con las escamas podridas de mis sueños ciudadanos. Lejos, hermanita, sí: yo las quería lejos del mar de sangre donde yo nadaba a dentelladas contra otros peces. Donde yo nadaba con drogas y billetes y mierda y sangre hasta el cuello. Con un precio puesto a mi cabeza por bandas rivales.

Pero apenas queda tiempo. No tengo más segundos para llorar y decirte que carnear a un chivo puede ser tanto más fácil que carnear a un hombre. Es imposible resumir la historia de un pastor de cabras convertido en verdugo del narcotráfico; no hay justificación, hermanita. Y no hay tiempo para murmurarte en qué esquina, ni quiénes, ni

en cuál barrio marginal, ni cuántos gargajos de plomo se enfrían ahora en la blandura de mi cuerpo apagado.

Date vuelta. Sólo voltéate y siente este resoplido de viento. Es lo único que queda de mí en el mundo. ¿Sientes esa pluma de vapor? ¿Ese aliento de granizo en la nuca?

Sí.

Ahora lo sientes.

Eso es, hermanita, date vuelta y reconócame en el vaivén brusco de las hojas del sauce. Reconócame en esos dedos de aire helado que te acarician una ladera de la cara. Finalmente me ves en la oscura transparencia del anochecer.

Todavía no llores.

Cierra la boca. Prométeme que te vas a quedar aquí, en el campo, junto a nuestra madre y las cabras. No llores. Llorar no sirve de nada. Sirve más que te quedes aquí, en este áspero y humilde paraíso, hablando con los espinos y con las nubes que bajan a mimar las jorobas de las montañas. Y si no puedes hacer otra cosa que llorar, hermanita, pues llora. Llorar mucho. Llorar y corre y dile a nuestra madre que reconociste mi aliento de muerto en el silencio azul del anochecer. Pero quédate, hermana. Quédate por siempre a los pies de estas montañas.